



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
 ESCRITA POR
 NUESTROS PRIMEROS LITERATOS.

NICOLAS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

D. FRANCISCO MANUEL DE MELO

Entre los más hábiles escritores que en el siglo xvii cultivaron la lengua castellana, ocupa un lugar distinguido D. Francisco Manuel de Melo. Su *Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña* mereció en aquella época extraordinaria aceptación, y es considerada como una obra verdaderamente clásica, ya por imitar á Tácito con gran acierto en el estilo y en los recursos oratorios, ya por la pureza de la dición y la corrección de la frase. De aquí que, aun cuan-



D. Francisco Manuel de Melo.

do portugués, esté considerado Melo como uno de los mejores hablistas españoles.

Nació en Lisboa el año 1611. De ilustre y noble abolengo, recibió educación esmerada bajo la dirección del padre Baltasar Tellez, provincial de la Compañía de Jesús, y la precocidad de su talento fué tal que á los catorce años celebró la recuperación de Bahía ó San Salvador en un canto compuesto de magníficas octavas portuguesas, á imitación de Camoens.

A los diez y siete escribió una obra con el título de *Concordancias matemáticas*, publicada más tarde, y á los

diez y ocho la novela *Finezas mal logradas*.

Muerto su padre por este tiempo, alistóse en los tercios españoles, y después de sufrir un naufragio, trasladóse á Madrid como mediador entre los revoltosos de Portugal y el Conde-duque, que le encargó de examinar las quejas de aquellos. Más tarde guerreo en Flandes con el carácter de maestro de campo, ó sea coronel, y por último, fué destinado al ejército de Cataluña, que se habia sublevado contra la autoridad de Felipe IV. Hallándose en aquel país, estalló la insurrección de Portugal en 1640, y recelando que Melo simpatizara con los separatistas, fué reducido á prision y conducido á Madrid, donde al fin de cuatro meses, patentizada su inocencia, obtuvo toda clase de reparaciones.

Descontento y quejoso, ó estimulado tal vez por el amor á su patria, trasladóse á ésta cuando aún duraba la lucha, y prestó grandes servicios militares y diplomáticos á la casa de Braganza, que siempre fué protectora de su familia. No fueron aquellos bastantes á deshacer las intrigas de sus émulos: acusado de haber asesinado á Francisco Cardoso, estuvo recluido en prision durante doce años, al cabo de los cuales, perdido su caudal, fué desterrado al Brasil, sin que la mediación de Luis XIII y de Mazarino lograra más ventaja que trasladarle á Bahía, donde un tiempo desempeñó cargos oficiales.

De regreso en Lisboa, consagróse á la publicación de los cien volúmenes, que durante sus horas de ocio escribiera, y mostró lo vasto de su erudición y el asombroso talento de que estaba dotado. Sus obras místicas, sus trabajos de historia, poesía, milicia y política, diéronle merecido renombre y le hicieron acreedor á figurar entre los más notables escritores de su tiempo.

HISTORIA NATURAL

CLASE 2.^a DE VERTEBRADOS.—2.^o ORDEN.—PÁJAROS

Entre el número de pájaros, que es inmenso, se encuentran el pardalote y el halconcillo, de los cuales hay dos especies, que se hallan en la Nueva-Holanda.

El primero tiene el pico muy corto, bastante robusto, cónico obtuso, convexo, comprimido en los lados, con la mandíbula superior un poco arqueada y delicadamente

moteada en la punta. La cola es corta, igual, y son la primera ó segunda de las remeras más larga que las demás; los tarsos son medianos. Los pardalotes tienen bastante analogía por las costumbres y por las formas rechonchas del cuerpo con los paros.

Los halconcillos tienen el pico corto, de bastante elevación y muy comprimido en las partes laterales; la primera remera es en ellos más larga que las restantes, y las plumas de la cabeza son muy flexibles.

VARIEDADES.

LA VIDA EN EL INTERIOR DE LOS MARES.

En los espacios sin fin, en la tierra donde habita y en las profundidades del inmenso mar que la rodea, encuentra el hombre observador y religioso más que suficientes motivos para alabar y glorificar á Dios, Padre universal de todo lo existente.

Sumergirse en el líquido cristal del Océano, segun aseguran hombres grandilocuentes y eminentemente sabios, es entrar en una región de maravillosos encantamientos.

En ese mundo líquido, y al parecer impenetrable y misterioso, se descubren á cada paso las cosas y seres más raros é inesperados. Aquí bosquecillos fantásticos de gallardísimos árboles, entre cuyas hojas de un verde esmeralda que de fondo les sirven, destacanse flores de los más vivos y combinados colores que producir puede la paleta del más hábil pintor; allá meandrinas y magníficas astracas oponiendo sus espesas masas á los cálices frondosos y dilatados de la explanaria. Más lejos las madreporas con sus complejas ramificaciones y alargados troncos ó dedos, levantándose unas veces y otras proyec-

tando en el espacio los ramajes entrelazados.

Por todas partes la brillantez de los colores deslumbra, centellea y refleja. Los verdes más delicados y vivos, aquí y allí recrean fortaleciendo la vista, junto á los amarillos más ricos, dándoles realce los más transparentes pardos. El púrpura de todos los tonos, los rojos de todas las tintas pasan armónicamente hasta los azules más sombríos y vaporosos. Los nupíporos color rosa y dorados, ó teñidos con el color del sabroso melocotón, salen de los vegetales que cubren graciosamente y se adornan con las perlas nacaradas de los retíporos, corriendo alrededor como franjas de marfil azperichosamente enrolladas.

Cerca de la ola que muellemente les mece, las gogonas agitan sus abanicos amarillos y lilas, más artísticamente trabajados que un tejido de filigrana. La arena del suelo está atestada de erizos y de estrellas de mar, de las formas más raras y curiosas.

Los flustres, como hojas de laurel, y los exares, como líquen, ó musgos adherentes, se proyectan sobre las hendiduras, mientras que los pateleros (patella), amarillos, naranja y manchados de púrpura, se arrastran furtivamente por las ondulaciones del líquido.

Semejantes á gigantescas flores, pintadas con los más ardientes colores, las coronas brillantísimas de las amimoras marinas adornan orgullosas las rocas partidas por la tempestad; ó bien más modestas colimpujanse sobre la superficie del agua, semejando una acera alfombrada con las rivas y vistosa

alfombras de Persia, ó á lo largo de las acantiladas é inaccesibles costas. Y para animar estos cuadros, cuyo fondo es el coral, el colibri del Aciano, hermoso pececillo que viste, uno tras otro, los colores del oro, azul, platea, y el rojo más encendido, loquea alegremente sobre aquellas cunas encantadoras.

(Se continuará.)

LOS MEJORES AMIGOS

Continuación (1).

Así que me sea posible, dejaré esta casa, y venderé su mobiliario, saliendo despues de Madrid, segun las órdenes de mi marido.

—De modo, exclamó el preceptor, que no puedo seguir sirviendo al lado de Vds.

—¡Imposible, Sr. D. Justo!

—Creo, señora, en el aprecio de Vds., y así no insisto: no tengo otro medio de vida que mi trabajo, y ya sabe V. que con mis honorarios sostengo á un hermano mayor que yo, el cual se halla ciego.

En tanto que la madre de Antonio y su preceptor hablaban así, los dos niños se hallaban en la sala de estudio con el corazón oprimido por dolorosos presentimientos: Antonio dibujaba. Enriqueta apoyaba en los cristales su frente, y meditaba en su desgraciada situación.

La camarera entró con ligero paso y aire resuelto, y se acercó á Enriqueta, que se puso á temblar.

—Señorita, le dijo en voz baja; vengo á participar á V. que tengo vivos deseos de comer un trozo del pastel que ayer se encerró en el armario del corredor.

—¡Yo no tengo la llave! repuso Enriqueta, echando á su hermano una mirada de terror.

—Pues es preciso que V. la busque.

—¿Dónde?

—En el cajón de la cómoda de su mamá de V., allí están todas.

—Yo no puedo tomarlas.

—Es indispensable; y además, necesito sacar una botella de vino.

—¡Oh, mi querida Anita! ¡no me pidas eso! exclamó Enriqueta llorando y uniendo sus manos.

(1) Véase la pág. 230.

—No se trata de llamarme mi querida Anita; sino de hacer lo que le pido á V.

—¡Pero mamá me verá! ¡y si ella no, me verá Dios y me castigará!

—¿Y no la ha visto á V. Dios todas las veces que ha ido á casa de su prima contra las órdenes de la señora? ¡pues yo no sé que la haya castigado!

Enriqueta habia recibido de su madre sólidos principios de religion: hallábase fuertemente persuadida de que Dios tiene siempre la vista fija sobre nosotros; que recompensa nuestras buenas acciones, y que sólo nos prohíbe el mal porque nos es dañoso: la pobre niña se veía entónces en la precision de hacer todo el mal que su criada le ordenaba por el temor de ser descubierta por ella, y esta precision desgarraba su alma pura y honrada.

—¡Está bien! murmuró: procuraré darte esa llave.

—¿Qué es procurar? la necesito sin falta.

Anita salió burlándose en su interior de la debilidad de Enriqueta: aquella noche pensaba regalarse, antes de ir á dormir, con una buena racion de un hermoso pastel de pechugas y trufas, que la mañana del día anterior habian regalado á su señora, y que ésta queria reservar para su padre convaleciente.

Cuando la criada hubo salido, Enriqueta quiso salir tambien para ocultar sus lágrimas; pero su hermano, que habia adivinado algo de lo que pasaba, la llamó.

—¿Qué te sucede? le preguntó afectuosamente Antonio.

—¡Nada! respondió Enriqueta, que hizo un movimiento de espanto al verse sorprendida.

Antonio se levantó, se acercó á ella, y tomándole la mano, le dijo:

—No temas nada... ¿por qué te asustas?

—No me asusto... balbuceó la pobre niña.

—Sí... estás turbada, añadió Antonio: vamos, habla: dime lo que te pasa... ¿no soy yo tu mejor amigo? ¿á quién debes confiarle si tienes alguna pena?

La voz del niño era tan persuasiva, y el corazón de Enriqueta estaba tan dolorido, que no pudo resistir á sus dulces palabras: aunque la envidia habia hecho su presa en el alma de Enriqueta; aunque la pérdida Anita le habia hecho creer que su madre amaba á Antonio más que á ella, el lazo de

la sangre es tan poderoso, que no habia podido quebrantarlo nada: la pobre niña se arrojó al cuello de Antonio, y exclamó:

—¡Soy muy desdichada!

—¿Te ha hecho algo Anita?

—¡Oh, sí! ¡mucho mal!

—¿Por qué no se lo dices á mamá?

—¡Imposible! exclamó Enriqueta llena de terror.

—¡Imposible! ¿por qué? ¡á mamá se le debe contar todo con entera confianza!

—Oye lo que es, y verás cómo no me aconsejas que se lo cuente, dijo Enriqueta sollozando; y lentamente, con las mejillas cubiertas de rubor, refirió á su hermano cuanto le habia sucedido.

VI.

Dos días despues una escena muy triste tenia lugar en casa de los señores de La Roca.

El jefe de la familia, el buen esposo, el tierno padre, habia bajado al sepulcro, y habia dejado á su viuda é hijos sumidos en la indigencia y el desconsuelo.

Sentada la señora de La Roca ante el pequeño buró que ocupaba uno de los ángulos de su gabinete, escribía una carta deramando lágrimas amargas.

Su hija se hallaba á pocos pasos de ella; ocupaba un sillón colocado á la sombra, y lloraba tambien; mas en su rostro no se advertían las huellas del sentimiento resignado, sino las de una alma dolorosa é impaciente.

La carta que escribía la madre decia así:

«Mi querido primo: agobiada por el dolor que ha llenado mi alma con la pérdida de mi digno esposo, te escribo á fin de que hagas lo posible por mi pobre hijo Luis, digno de mejor suerte: yo sé que tu posición en Barcelona es desahogada: la mía no puede ser más infeliz, pues quedo sumergida en la más completa indigencia.

Mi pobre hijo ha tenido que dejar el colegio, donde tan brillantes estudios ha hecho, por no poder yo pagar ya los honorarios que se exigen: es una criatura dotada del más bello carácter, amable, afectuoso, aplicado, y adornado de los sentimientos más nobles: toda su ambición era llegar á ser médico como su padre... ¡ay! apenas terminados los primeros estudios la desgracia ha venido á herirle, ¡y ha tenido que dejar el colegio!

En medio de mi dolor he pensado en tí, único de mis parientes cuya posición puede permitirle hacer algo por mi hijo: mi pobre hermano está completamente arruinado, y tiene además su esposa, el padre de ésta, y dos hijos de quien cuidar: gracias á mi hermana política, he podido atender á los gastos que ha ocasionado la muerte de mi pobre marido, y ella era también quien pagaba la pensión de Luis; pero ya nada pueden hacer, y te escribo suplicándote veas si puedes algo por mi hijo.

Adios, mi querido primo: piensa en que

nuestra infancia se ha pasado bajo el mismo techo, y contéstame á la mayor brevedad: te lo ruega tu prima, que te quiere de veras.

JUANA G. DE LA ROCA.»

—¡Gracias á Dios! dijo la viuda enjugando sus ojos, y doblando la carta para ponerla en un sobre: ¡el cielo sabe el trabajo que me ha costado el escribir esta carta! vamos, añadió, hija mía, no llores; no aumentes con la tuya mi aflicción.

—Veo, mamá, que sólo has pensado en mi hermano, dijo Amelia con amargura:



Historia natural: Pardalote moñudo y halconcillo.

¿no era regular pedir protección á mi tío también para nosotras?

—No, hija mía; entonces acaso se hubiera negado á todo.

—¿Y qué haremos?

—Trabajar: yo sé hacer flores, y poseo la música bastante bien: tú sabes bordar... Dios nos enviará trabajo.

Amelia dejó escapar un profundo suspiro, y se volvió para ocultar las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Si tu dolor fuese solo por la pérdida de tu padre, sería muy meritorio, dijo severa-

mente su madre; pero sientes más que todo la vida de escasez y de trabajo que te espera: ¡ten cuidado, hija mía, de que no te castigue el cielo!... ¡Dios rompe lo que no se inclina bajo su mano! ¡adoremos su santa voluntad, y resignémonos.

La entrada de Luis en la habitación interrumpió á su madre: aquel la abrazó, y después se sentó á su lado.

—Valor, mamá, dijo: todo lo que esté en mi mano; yo lo haré para dulcificar tu dolor: trabajaré, y si mi tío quiere ayudar á mis estudios, de tal suerte me aplicaré que

acabaré en breve mi carrera: el nombre de mi padre me servirá de mucho, pues era ilustre en la medicina: y tú, hermana mía, consuélate: ten paciencia durante dos ó tres años, y luego llevarás vestidos de seda y lindos sombreros; aparte de la falta de nuestro padre, ¡aún podemos ser dichosos!

Estas palabras caían como un bálsamo consolador sobre el corazón de la viuda: sus lágrimas volvieron á correr, pero ya no de pesar, sino de alegría, y su corazón se elevó á Dios en una fervorosa plegaria para darle gracias por haberle concedido un hijo tan bueno y tan afectuoso.

¡Felices los hijos que hacen derramar á sus padres el dulce llanto de la alegría! ellos serán benditos por Dios, ¡y todo será dichas en derredor suyo!

VII.

Así que la pequeña Enriqueta hubo contado á su hermano sus faltas y el castigo á que estaba sujeta con las exigencias de la imprudente Anita, el pundonoroso Antonio quedó mudo de asombro y de pena.

—¡Cómo! exclamó: ¡has podido rebajarte hasta... hasta robar á mamá! ¡porque desgraciada, lo que has hecho ha sido robar! ¡así se llama! ¡oh! ¡eso es horrible, horrible!

—¡Todos los cargos que me hagas tú, ya los tengo yo hechos! exclamó sollozando Enriqueta: ¿piensas además que he sufrido poco bajo el dominio de esa mujer? ¡ah! ¡bien castigada estoy de mi falta!

—¡No! exclamó Antonio; no estás bastante castigada: el castigo ha de dártelo nuestra madre, ¡y á ella se lo has de confesar todo!

—Decirle á mamá...

—Todo, ¡y al instante! pues qué, ¿piensas seguir satisfaciendo los caprichos de esa criada insolente? ¡en vez de darle el pastel y el vino que te exige, ve á contárselo todo á mamá!

—¡Oh! no me atrevo, no me atrevo, sollozó Enriqueta.

—¡Es preciso! sólo así saldrás del dominio de esa furia, que ha hecho presa de tu culpable debilidad.

—Pero mamá me castigará.

—¡Y severamente! ¡y yo en tu lugar lo desearia! así quedará tu culpa satisfecha y mamá te perdonará: vamos á verla: yo te acompañaré.

—¡Oh, hermano mio! ¡díselo tú! ¡evítame esa vergüenza! exclamó la pobre niña.

—No, has de ser tú: si no lo haces... no te quiero más por hermana.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Á VIRIATO

SONETO

Lusitano pastor, de cuya historia
Jamás se olvidarán tus sucesores,
Postráronse á tus pies conquistadores
De quienes siempre habrá larga memoria.

Ante tí fué el romano vil escoria,
Desechas vió sus haces, las mejores,
Por aquellos bizarros defensores,
Que tu génio condujo á la victoria.

Si alevoso y cruel hierro homicida,
Satisfaciendo de Scipion la saña,

Cortó de un golpe tu preciosa vida,

Siempre en el pueblo que el Mondego baña,

Do fué tu cuna, pobre y desvalida,

Honrando vivirá tu nombre á España.

ANTONIO RODRIGUEZ Y GARCÍA.

CORONA DE LA INFANCIA

Continuación (1).

La anciana, que entró en aquel instante en el cuarto, interrumpió la conversacion de aquellas dos niñas.

La buena mujer se admiró de encontrar allí á Clara, y despues de saludarla se aproximó á su nieta, y la dijo besándola con amor:—Toma, hija mia, toma, te traigo una torta y estas cerezas que me han dado para tí: come, aunque esté aquí la señorita, puesto que desde ayer no he tenido nada que darte.—¿Y V.? preguntó María mirando con afán la torta.—Yo tengo aquí tambien: he recogido para las dos. ¡Dios no nos abandona, hija mia!—¡Qué bueno es, y cuánto le debemos! exclamó la niña con efusion. Despues ofreció á Clara una parte de su almuerzo, y al ver que ésta le dió las gracias, empezó á comer con un apetito que probaba la falta que le hacía aquel alimento, y lo bueno que le encontraba.

Algunos momentos más se detuvieron allí Clara y Rosa, hasta que ésta última dijo muy bajo:—Señorita, Miss Sara se habrá levantado ya.—Es cierto, vamos, contestó és-

(1) Véase la pág. 224.

ta disponiéndose á marchar.—¿Tan pronto? exclamó María con pena.—Volveré á verte, la dijo Clara estrechando sus manos, volveré á verte. Y por un impulso del alma besó la frente de aquel ángel, mientras ponía, sin que nadie lo observase, su porta-monedas debajo de su almohada.—Sí, vuelva V., dijo María; yo seré muy dichosa con verla de nuevo.

La hija del señor de Montalvan salió de aquella pobre habitación, murmurando muy pensativa:—¡Qué bueno debe ser amar á Dios sobre todas las cosas, cuando este amor logra embellecer tal infortunio y tanta pobreza!

Rosa vió á su señorita tan preocupada, que apenas se atrevió á dirigirle la palabra, pero creyó que habia hecho bien en llevarla á casa de su protegida.

Cuando llegaron á la habitación de Clara, ésta dijo á su doncella:—Quédate un momento, tengo que hacerte una pregunta.—La señorita puede mandar.—Díme, preguntó la niña, en cuyo hermoso semblante se reflejaba una profunda emoción; ¿no estaría María mucho mejor en esta cama, que en aquella tan pequeña y tan mala?—¿En su cama de V.! ¡ya lo creo! respondió Rosa sonriendo.—Pues bien; es preciso que se la lleves, dijo Clara resueltamente: mi padre es demasiado rico y puede comprarme otra.—¡Señorita!—Es preciso, yo lo quiero!—Perdone V., pero no me atrevo; V. es una niña todavía, y no debe disponer de nada.—Tal vez la misma María no querría admitir la dádiva por esta circunstancia.—Pues bien, no hablemos de esto, acaso tengas razon, respondió Clara, que á pesar de su carácter impetuoso y violento empezaba á sentir en su corazon algo que la hacía pensar de otro modo. No hablemos de esto; pero mi canario y los dos rosales que hay en mi balcon son míos, enteramente míos, puesto que mi padre me los regaló para el día de mi cumpleaños, y puedo hacer de ellos lo que quiera: eso sí vas á llevárselo en mi nombre: ya has oído que le gustan las flores y los pájaros.

—Sí, murmuró Rosa, que no sabia qué hacer. Pero ¿no sería mejor esperar á mañana, y así gozaria V. de la sorpresa que este regalo la causaria?—Mañana es domingo, y el aya querrá que salgamos á paseo.—Dice V. que prefiere quedarse en casa, y

así...—Es verdad, así pasaremos la tarde al lado de María.

Clara, que como dijimos en un principio se hantiaba de los juegos y los pasatiempos, encontró dentro de su pecho algo que la absorbía y la distraía de un modo nuevo y agradable. Lo restante de aquel día lo pasó en hacer proyectos para alegrar y sorprender á su nueva protegida.—Cuál va á ser su gozo, pensaba, cuando vea el pájaro y las macetas; ¡oh! ¡cómo me agradecerá el habérselos llevado! y ¡qué contenta estará al ver que son suyos!

La bella niña hubiera llevado á María la mitad de cuanto poseía si se hubiera podido guiar de sus deseos solamente, y pasó la tarde en formar proyectos para el bienestar de la pobre baldadita.

Clara creía bueno y generoso á su padre; pero como jamás se habia éste cuidado de ciertos detalles de la educacion de sus hijas, ya porque sus muchas ocupaciones mercantiles se lo impidiesen, ya porque fiaba este punto á Miss Sara, la niña dudaba y no se atrevía á hablarle en favor de su protegida.

Se limitó, pues, aquel día á esperar, como habia dicho Rosa, la llegada del domingo.

Este amaneció al fin, aunque más tarde de lo que la impaciente Clara hubiera querido. La mañana se pasó como de costumbre; pero á la tarde, y á la hora de paseo, Clara se negó á salir con un pretexto insignificante, y Flavia y el aya subieron en el carruaje, mientras ella quedaba en la casa acompañada de Rosa y de las otras criadas.—¡Oh! vamos, Rosa, vamos, dijo la niña con afán: toma los rosales y la jaula, y vamos á que lo vea María.—Señorita, yo no puedo con todo.—Tienes razon; llama á Francisco; pero... no: yo bajaré el canario, tú una de las macetas, y luego vendrás por la otra.—¿Pero V. vá á llevar...?—¿Y qué importa? ¡anda, anda pronto!

La doncella obedeció, y un instante después bajaban ambas las escaleras con una prisa extraordinaria.

En breve llegaron al estrecho cuarto que ocupaba la niña mendiga, y como el día anterior, hallaron la puerta abierta; pero María no estaba sola, puesto que á su lado se hallaba un anciano de rostro apacible y bondadoso, y de mirada inteligente y dulce á la par. Era el buen sacerdote que venia

á verla los domingos, segun habia dicho el dia anterior.

Clara se quedó un momento indecisa, hasta que la voz de María la sacó esta vez tambien de su duda, diciendo con infantil alegría:—¡Ay! ¡qué pájaro tan lindo y qué jaula tan bonita!—¿Te gusta? preguntó Clara olvidando su indecision.—¿Y cómo no, si es tan precioso?—Pues bien, es para tí.—¡Para mí!—Sí; y mira, ayer me dijiste que desearias ver las flores, y como tú no

puedes ir á buscarlas, yo he querido que ellas vengan á buscarte á tí; y haciendo que su doncella se adelantara, presentó á la enfermita el hermoso arbusto cubierto de rosas y de capullos.

La alegría de María y su asombro fueron tales, que en vano intentaríamos describirlos, pero que bastaron á recompensar á Clara de su noble y generosa accion: sonreía, lloraba, pasaba sus ojos del canario á las flores, sin saber á cuál preferir, y bendecía



Elementos de dibujo.

á su bienhechora mezclando su nombre con el de Dios.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

EPÍGRAMA

Un pobre mendigo viendo
junto á un templo á un coronel,
á pedirle fué, diciendo
rogaria á Dios por él.

Dióle un real que tuvo allí
el jefe, y le dijo así:
con linda flema te vienes;
toma... y ruega á Dios por tí,
Que más necesidad tienes.

IGLESIAS.

CHARADA

Dos *primeras* en los niños,
cuarta y *tercia* en el mar,
tres y *segunda* es color
de belleza sin igual.
Es *segunda* con *primera*
mote de hispana mujer,
que motivó fiera guerra
do no se usó *prima tres*
Todo de lejanas playas
nos suelen traer acá,
y aún cuando á mí no me gusta
á muchos suele agradar.

(La solución en el próximo número.)

Madrid: Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.